

limbo

Núm. 43, 2023, pp.

ISSN: 0210-1602

«El paraíso está en mi propio pecho».
Filosofía, arte y poesía en George Santayana

NOELIA DOMÍNGUEZ ROMERO

George Santayana: *El intelecto no está de moda. Pequeños ensayos y poemas*, Santiago Sanz y Misael Ruiz (Eds.), Barcelona, Animal Sospechoso (Colección mínima), 2022. ISBN 978-84-1222786-9-9. Págs. 209.

Acercarse a George Santayana es bucear en un inmenso océano, un océano que trae el rumor de ambas orillas del Atlántico en el cruce indivisible y crítico de dos tiempos históricos y dos espacios unificados gracias al arduo y sincero ejercicio que entraña la escritura. El pensador vivió —recuérdense las palabras de María Zambrano, escritas en el exilio, definiendo su propio destino y el de su viva generación— *entre dos mundos*: el español (mediterráneo y europeo) por nacimiento y el angloamericano por adopción. Y esa dualidad, lingüística, cultural, geográfica, de la que no pudo desprenderse, ni política ni existencialmente, configuró su vida a la vez que su razón y sensibilidad filosófica y literaria.

El presente libro, editado por los investigadores Santiago Sanz y Misael Ruiz, bucea precisamente en un territorio fronterizo, propio de un vivir cosmopolita, nómada y libre, esto es, en la linde donde historia y pensamiento, verdad y sentido común y, sobre todo, esencial aquí, por los ensayos y poemas en él recogidos, filosofía y poesía se hermanan. Por otra parte, es necesario señalar la importancia de la labor de recuperación y memoria que esta publicación supone, máxime para su público en lengua española. En estas últimas décadas la traducción se ha considerado un factor determinante en la

recepción de su obra en ámbito español e hispanoamericano, tanto para el lector interesado en ella como para la crítica especializada. A pesar de conectar Santayana con toda una tradición de pensamiento hispánico de la que por origen no puede desasirse, la barrera idiomática ha creado en ocasiones un distanciamiento que, unido a la difícil enmarcación de su trabajo, lo ha llevado a ser calificado como un filósofo al margen, sin una clara ubicación teórica. Sin embargo, los estudios centrados en su figura y su pensamiento, como esta antología crítica, muestran a un pensador alejado de la filosofía experimental estadounidense de principios del siglo XX y cercano, en cambio, a la filosofía española, esencialmente a la llamada Generación filosófica del 98 o a intelectuales de tinte senequista y humanista, como la ya nombrada Zambrano, por la defensa a ultranza de un pensamiento intuitivo frente al vacío de una razón instrumental y puramente cartesiana.

A grandes rasgos, y dado que el volumen presentado reúne *pequeños ensayos*, «Sobre arte y poesía» y «Sobre poetas y filósofos», así como una selección de poemas de juventud, surge una primera cuestión relevante: ¿es Santayana un filósofo poeta? Para su amigo el escritor Richard Butler «fue poeta por naturaleza, pero filósofo por las circunstancias» [Butler (1961), p. 87]. Ciertamente, poeta y filósofo parecen caminar a la par en su palabra y en su pensamiento, aunque abandonara su vocación poética a edad temprana. Tanto su poesía —bajo este rótulo se incluyen los poemas elegidos por los editores, pero también, no olvidemos, su novela *El último puritano*, su autobiografía *Personas y lugares* y otros textos donde la frontera entre literatura y filosofía no está claramente definida— como sus obras manifiestamente filosóficas expresan su personal mirada sobre el mundo —sobre la realidad natural e histórica— y sobre el ser humano, sobre las comunes experiencias de una vida, a través de una razón sentida, vivida y estetizada. En el fondo es esta mirada estética, tal y como subraya Ruiz, la que da valor tanto a sus poemas como a su prosa; todo ello en el marco de una metafísica racional y un delicado entramado de bellas imágenes poéticas y hondos conceptos

éticos y políticos. Con clara precisión así lo expresa el propio autor en el prólogo a la edición de sus *Poems* (1922): «Mi acercamiento al lenguaje es literario, mis imágenes son tan sólo metáforas, y a veces me da la impresión de que me parezco a mi paisano don Quijote, subido, en sus vuelos imaginarios, a lomos de su altanería y de un Pegaso de madera» (p. 159).

Su poesía y su filosofía, al unísono, son fruto de la meditación y de un inquieto espíritu que dio lugar a una vida y a una razón filosófica siempre en movimiento, corpórea y viviente, haciéndose en el transcurso del tiempo y del devenir con sus goyescas luces y sombras.

Adentrándonos más hondamente, cabe otra pregunta: ¿qué papel desempeñan el arte y la poesía en la filosofía santayana y qué implican para el alma humana? En los ensayos citados, estas instancias, si asentadas sobre el carácter simbólico del pensamiento, parten de una base materialista que parece ser el sostén de toda su filosofía. De acuerdo con José Luis Abellán, teniendo en cuenta los argumentos expuestos en una monografía que lleva por título *Santayana (1863-1956)*, no se trata su materialismo de una visión concreta del naturalismo reduccionista nacido del positivismo de la segunda mitad del siglo XX, sino, más bien, de un materialismo en sentido clásico, a la manera de los primeros filósofos greco-latinos, de Demócrito y de los atomistas, y de Lucrecio esencialmente.

Toda actividad espiritual, ya sea poética o artística, se sustenta en un origen material que permite la posibilidad del conocimiento. De este modo se explica en *Los reinos del ser* (1942): primero, por su carácter subsistente o sustantivo, dicha actividad se distancia de todo reduccionismo antropológico al estilo del humanismo clásico y de todo egotismo subjetivista al modo del idealismo alemán; segundo, la materia es la causa última de todo, de todas las cosas, es principio de todo lo existente; y, en último término, destaca también la materia por su carácter dinámico y transitivo que se traduce en una específica potencialidad y temporalidad, prestándole a la existencia su forma trágica —todo lo que es deja de ser—. Y en cuanto al espíritu¹, ante las limitaciones del conocimiento científico, se impul-

sa la investigación simbólica del universo a través de la imaginación, es decir, la facultad cognoscitiva principal y de la cual surgen las demás funciones del conocimiento humano, que por su naturaleza son simbólicas en sí mismas, coincidiendo con Nietzsche o Bergson.

Para Santayana, «el arte es *prima facie* y en sí mismo un bien» (p. 25), al igual que la poesía, y ninguno de ellos se comprende sin su «derecho natural a la belleza» (p. 29). De alguna manera, por medio de ella, de su sentido y sentimiento, se intenta superar la concepción trágica de la existencia tan marcada en su vida y en su forma de entender la razón humana y, por supuesto, la razón filosófica. Contemplar y vivenciar lo bello desde el arte y la poesía trae consigo intentar lograr superar esa noción e irrumpir, a su vez, en el misterio de la vida y del espíritu humano. La belleza, pese a tener un fundamento material, es la encargada de abrir lo espiritual en estado puro, aunque ese hallazgo siempre permanezca presidido por el carácter estético desde el que el ser humano observa la realidad y se observa a sí mismo. Frente a las tiranías políticas y metafísicas —dirá— el valor esencial del arte y de la poesía reside en hacer felices a las personas, felicidad, por otro lado, no exenta de la unión entre ser y naturaleza.

Toda actividad reflexiva y llevada por la emoción es, por tanto, simbólica, si bien se asienta sobre el reino de la materia, origen de todas las cosas. Desde el impulso vital el *animal humano*, que diría Santayana, ha conquistado su espíritu, la razón que le da significado a la vida, a *su* vida, de ahí que cada página leída del *Intelecto no está de moda* sea un canto a la mente libre y a la imaginación creativa —o creadora, como sentencia Gaston Bachelard—. Asimismo, las inquietudes manifiestas en la obra excelsa *La vida de la razón o fases del progreso humano*, que empezó a ver la luz entre 1905 y 1906, se intuyen ya en los escritos escogidos. La razón, punto de partida de la vida espiritual, es en su raíz misma intuitiva o *ingeniosa* —diríase en sentido viquiano—, y ello implica conceder a la imaginación un espacio privilegiado dentro del conocimiento humano. Ahora bien, la imaginación, según Santayana, estará limitada por el naturalismo y el materialismo de base y, fundamentalmente, por el escepticismo

presente en su filosofía. El escepticismo es el *a priori* de todo pensar, es algo así como una carcasa, una armadura que el ser humano crea para sí mismo antes de adentrarse en la intemperie, en lo desconocido. Es un ejercicio que ayuda a disciplinar la mente y ello implica necesariamente partir de una soledad que en el pensador español es soledad radical. De nuevo, materia y espíritu se unen. El conocimiento que surge de esta *fe animal* no puede ser sino simbólico, ya que tanto la creencia en la naturaleza como la creencia en el ser humano, en definitiva, en todo lo existente, responden a la propia estructura de la que nacen.

No cabe duda de que el alma sueña y sueña en un cuerpo. Como muestran los dos textos antologizados, el arte y la poesía son actos vitales como lo es el pensamiento; alivian la experiencia en un sentido moral y teorizan sobre las cosas existentes en ella. También en estas disertaciones —y apoyándose en poetas y filósofos de referencia: en la imaginación totalizadora y amorosa de Dante; en la dramatización de la realidad, no siempre asimilable, de Shakespeare; en el escepticismo místico de Kant; en la búsqueda trascendental de Emerson; en la libertad real de Shelley; en el ansia de vida de Browning; en el impulso soñador de Nietzsche— Santayana hace convivir materialismo con idealismo, escepticismo con *fe animal*, incluso ateísmo con ortodoxia católica, dejando traslucir, en consecuencia, un principio de moral pragmática y, más importante aún, la riqueza de un pensamiento no contradictorio o ambiguo, sino profundamente abierto y catalizador. De esta manera se va revelando el sustrato modernista de su pensamiento, cada vez más claro, más perfilado, conforme el placer estético y, en especial, el sentimiento de la belleza van adquiriendo un mayor protagonismo en su obra y en su vida.

Pero no podemos concluir sin detenernos en los poemas que dan cierre a este libro. Por un lado, en ellos se alumbra, como afirma Ruiz en su presentación titulada «La poesía y la prosa de Santayana», «la propensión estética de la mirada de Santayana» (p 157) que vemos constatando en sus textos en prosa y, por otro, la unión inseparable de filosofía y poesía. Si hay un asunto cardinal en ellos ese

es —escribe Santayana— «el proceso formativo de mi filosofía» (p. 161). Todo lo pensado y expresado es filosofía, aunque tenga forma poética, porque «la filosofía no es un asunto opcional que le ocupe sólo de vez en cuando. Es su única vida posible, su respuesta diaria a todo» (p. 162). Igualmente, es necesario subrayar que sus sonetos y su «Testamento del Poeta» se tornan un elogio a la libertad, al movimiento del cuerpo y de las propias ideas, signo que define su razón filosófica y poetizante, así como su vida misma. George Santayana fue filósofo y poeta y exiliado voluntario, viandante y errante sobre la tierra. Tal vez, para salvarse de la inclemencia del mundo que le tocó vivir, de la crisis moral y política de su época, para no caer totalmente derrotado, eligió, en palabras del prologuista Sanz, «la soledad como destino» (p. 10), creyendo que ahí, en su interior —y, por ende, en su escritura— hallaría su propio paraíso:

Puede que el mundo sea sólo caos,
 en el pequeño mundo que yo pienso;
 el paraíso está en mi propio pecho,
 allí aparece hermoso frente a mí (p.185).

Departamento de Filología

Universidad de Huelva

e-mail: Noelia.dominguez@dfilo.uhu.es

NOTAS

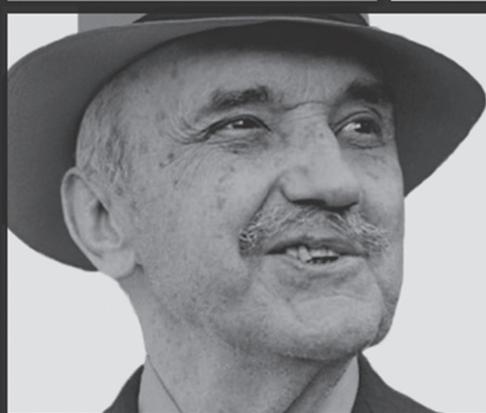
¹ Para el crítico Ignacio Izuzquiza, debe considerarse «como una *figura poética*, como un símbolo, y recordar siempre que el espíritu es, para Santayana, la misma naturaleza material en cuanto alcanza un nivel de reflexividad particular. Y así como hay una vida de la materia, hay también una vida del espíritu, caracterizada por la *observación* que la materia hace de sí misma» [Izuzquiza (1989), p. 131].

REFERENCIAS

- ABELLÁN, J. L. (1996). *Santayana (1863-1952)*, Madrid, Editorial del Orto.
- BUTLER, R. (1961). *La vida y el mundo de Jorge Santayana*, traducción de Ángela Figuera Aymerich, Madrid, Editorial Gredos.
- IZUZQUIZA, I. (1989). *George Santayana o la ironía de la materia*, Barcelona, Editorial Anthropos.

**george
santayana**

edición y traducción de
santiago sanz y misael ruiz



animal sospechoso editor 
colección mínima

**el intelecto
no está de moda**

pequeños ensayos y poemas